

sumario

Editorial	3
Procesos de transición, ruptura, adaptación y crisis de la identidad social	4
El Tribunal de la Inquisición de Canarias, observatorio de la política africana	10
Educación: Los efectos del ruido en las aulas	15
XX Concurso de Tarjetas de Navidad	18
Espacios naturales de Gran Canaria	19
Guía de los volcanes de Gran Canaria (V): Los volcanes de las cumbres	21
Simbología volcánica en el "Elogio al fuego", de Felo Monzón	28
X Convención de Marketing de Cajas de Ahorros	30
Calendario de la Caja de 1989	31
Convenio entre la Caja y la Consejería de Educación	32
IV Concurso de Villancicos	32
La Caja y la Cabalgata de Reyes	33
Sabor, páginas de cultura popular canaria	34
Narrativa canaria contemporánea: Sumisión y transgresión en "Nos dejaron el muerto", de Víctor Ramírez	36
Otra vez sobre las harimaguadas de Gran Canaria	42

Portada:

El volcán Montañón Negro (Gran Canaria), bajo la nieve. Foto: ELIÚ.

Los artículos publicados en AGUAYRO expresan sólo y exclusivamente la opinión de sus autores.

Recibimos muy complacidos las comunicaciones y sugerencias de nuestros lectores, pero no nos es posible sostener correspondencia sobre las mismas.

aguayro

Empresa Editora:

CAJA INSULAR DE AHORROS DE CANARIAS

Triana, 110
Las Palmas de Gran Canaria

Impreso en:
IMPRENTA PÉREZ GALDÓS
Urb. Cebadal - Prof. Lozano, 25
Tlf. 22 24 87 - Las Palmas de G.C.

Año XVIII - Núm. 180
Noviembre - Diciembre 1988
ISSN - 0212-5021
Dep. Legal G.C. 82-1970

Editorial

RECUERDOS DE GRAN CANARIA Y TENERIFE

Desde que Plinio recogiera en su *Historia Natural* las noticias de la expedición del rey núbida Juba II a las islas Afortunadas, este archipiélago ha sido tema de numerosísimos escritos y libros, así como de continuas referencias de geógrafos, historiadores y literatos europeos. Una parte de esta bibliografía está integrada por la obra de viajeros y de residentes en Canarias durante el siglo pasado que —como Debary, Whitford, Leclerq, Stone, Edwardes, Du Cane, Lattimer o Verneau— dedicaron extensas páginas a las islas Canarias. Fueron éstos los últimos visitantes que dejaron testimonio del archipiélago antes de que la técnica moderna facilitara sustancialmente los desplazamientos marítimos. Ellos aportaron una literatura viajera de índole costumbrista, no exenta de concepciones anecdóticas y a veces teñida de un cierto tono de romanticismo.

La artista y escritora inglesa Elizabeth Murray fue una de estas personas que plasmaron en letra impresa las impresiones y las vivencias que tuvieron durante sus estancias en las islas Canarias; en este caso de una larga residencia que se extendió de 1850 a 1860. Educada en los criterios de la sociedad victoriana, E. Murray se sintió atraída, como tantos compatriotas, por la Europa del sur. Viajó por Italia, Grecia, Turquía y Andalucía. En 1842 se hallaba en Tánger y en Marruecos se casó con un cónsul inglés, que años después tendría destino en las Canarias.

Su libro se titula *Dieciséis años de la vida de una artista en Marruecos, España y las islas Canarias*. Se publicó en 1859 y ahora, ciento treinta años después, se ha editado la traducción castellana de la parte referente a Canarias, que es la más extensa del libro, y que sale a la luz con el título de *Recuerdos de Gran Canaria y Tenerife*, que es el que originalmente había decidido su autora.

Dentro de la bibliografía extranjera sobre Canarias el libro de Murray, como el de Olivia Stone y el titulado *Cinco años de estancias en las islas Canarias*, del antropólogo René Verneau, ofrece una insustituible visión de la sociedad urbana y del mundo campesino canario de la mitad del siglo XIX, así como también del paisaje, de las costumbres y de los usos sociales. Su obra es un collage descriptivo de las vivencias y recuerdos de su visita a las villas y comarcas isleñas, desde su llegada a esta tierra cuando su "mirada estaba centrada en una meta: captar la primera vista del famosísimo Pico de Tenerife y anunciarlos así a los compañeros" que iban a bordo.

No faltan en el libro las referencias a la antigua población prehispánica y a otros atractivos singulares para el turista de entonces, como el desaparecido drago de La Orotava. Pero yo quisiera citar aquí dos referencias curiosas entre las muchas que se pueden encontrar en sus páginas. La primera alude a un almuerzo en un pago del valle de La Orotava. El anfitrión, medianero de una finca, estaba en la cabecera de una larga mesa, alrededor de la cual se sentaron veinte peones; en medio había tres grandes lebrillos de potaje, todos a una misma distancia, del que dieron buena cuenta los comensales con sus toscas cucharas de madera. Cerca, en una mesa separada, comieron la esposa e hijo, y la propia Elizabeth, quien luego escribió: "Su modo de comer era verdaderamente nuevo para mí... Pensé que lo mejor era hacer lo que los otros hacían, y cuando todos cogieron su cucharada por turno, yo también esperé por el mío pacientemente, pues llegaba cada cierto tiempo".

La otra relata la anécdota de un botánico prusiano que se había perdido en el interior de Gran Canaria. Encontró una solitaria casa de campo y allí recibió cobijo, bajo el servicial techo de un campesino. Después de tomar una comida casera, se retiró en busca de descanso que tanto necesitaba, con la esperanza de sumirse rápidamente en un reparador sueño. Pero su anfitrión se creía en la obligación de ofrecerle conversación y, además, quería aprovechar para refrescar los vocablos de inglés que en otro tiempo aprendió en un puerto de mar. El campesino le preguntaba los nombres ingleses de caballo, vaca, perro, etc., hasta que, pasado largo tiempo, el extranjero le pidió insistentemente que le permitiera gozar de su sueño. Se disponía ya a ello, cuando de nuevo entraron en la habitación dos jóvenes que ataron una bolsa de piel de cabra, llena de leche, a una soga que colgaba del techo y comenzaron a balancearla de un lado a otro. El pobre turista gritó entonces, alegando que le era imposible dormir en esas circunstancias. Pero ellos se limitaron a contestar:

— *Duerma su merced, que nosotros no le molestaremos; debemos continuar nuestro trabajo, o usted no tendrá mantequilla para su desayuno.*

Así era el pequeño paraíso de las Canarias hace un siglo.